

Sánchez Arcas y Lacasa: dos posiciones complementarias

Javier García-Gutiérrez Mosteiro

Las 17:45 del 30 de junio de 1935 y la aduana de Port Bou eran las coordenadas exactas que anunciaban Carlos Arniches y Martín Domínguez –con algo más de siete años de antelación– para el ingreso del moderno movimiento arquitectónico europeo en España; con esta irónica, *jardielesca* prosopopeya, respondían los jóvenes arquitectos al impaciente y célebre cuestionario promovido por Mercadal (que entre otros puntos preguntaba, efectivamente, en qué año se calculaba que entraría en España la nueva arquitectura racionalista). Y añadían a renglón seguido, devolviendo la pregunta: *¿Qué entiendes por arquitectura racionalista? Lo que nosotros practicamos nos parece razonable; no sabemos si te parecerá racionalista*¹. Sánchez Arcas y Lacasa –los dos nombres que, desde una comprometida renovación arquitectónica, más críticos se mostraron con la ortodoxia *lecorbusierana* que esgrimió el GATEPAC– respondían al cuestionario de su amigo Mercadal planteando, así mismo, una neta discriminación entre la arquitectura racional y la arquitectura *racionalista*.

Sabemos muy bien que, al ser convencional el sentido de las palabras, las denominaciones usuales –aunque no lleguen a precisar con rigor el concepto– hacen que podamos entendernos en términos generales. Así y todo, y al hilo del ulterior devenir historiográfico, la referencia a la arquitectura racionalista resulta muchas veces desdibujada. No me remito ya al hecho de que no en todas las lenguas queramos decir lo mismo cuando hablamos del racionalismo o del funcionalismo (¿dónde las fronteras entre lo que llamamos *Movimiento Moderno* y lo que, mucho más en el ámbito anglosajón que entre nosotros, se denomina *Estilo Internacional*?): la cuestión estriba, incluso, en qué entendemos cuando hablamos –como vamos a hablar en este texto– del *racionalismo madrileño*, encabezado por figuras como Lacasa y Sánchez Arcas, que tan severas objeciones lanzaron contra la arquitectura oficialmente racionalista. A veces *las palabras ocultan la arquitectura*, como explicó sagazmente el propio Lacasa².

1. Manuel Sánchez Arcas.

2. Luis Lacasa.

1. “Nuevo arte en el mundo. Arquitectura, 1928”, *La Gaceta Literaria* (Madrid), núm. 32 (abril 1928), 1-6, pág. 4.

2. LACASA, Luis: “Las palabras nos confunden la arquitectura”, en *Luis Lacasa. Escritos. 1922-1931*, Madrid, COAM, 1976, 187-248, pág. 190.

Sánchez Arcas y Lacasa, aunados por convergentes preocupaciones sociales que plasmar en el quehacer de la arquitectura, son dos lúcidas y complementarias voces en el panorama que se forma en los últimos años de la Monarquía y concluye con la caída de la II República. Ambos defendieron, desde posiciones progresistas –también en el campo de lo político–, una renovación de la arquitectura a partir de principios racionales y estructurales, expresamente al margen de los formalismos prestados de las vanguardias plásticas de los años veinte.

Voces complementarias –decimos– con características propias: Lacasa, más teórico y polemista, incansable difusor de ágiles y, a veces, ácidos textos; Sánchez Arcas, *arquitecto-constructor*, concentrado y confiado en la fuerza transformadora del construir. Ambos, con un ejercicio profesional independiente –aunque con significativa obra en común–, han dejado un legado teórico y arquitectónico-urbanístico coherente y radical. La singularidad del binomio Sánchez Arcas-Lacasa se refuerza –lo vemos ya con perspectiva– por el hecho de que su intervención en la historia de la arquitectura española haya quedado acotada a esos pocos años, memorables en nuestra tradición, que constituyen el final de la llamada *Edad de Plata*. A diferencia de otros compañeros suyos también depurados tras la Guerra Civil, ellos no volvieron a ejercer en España.

Manuel Sánchez Arcas (n. 1897, tít. 1921, m. 1970) y Luis Lacasa (n. 1899, tít. 1921, m. 1966) se incorporaron al ejercicio profesional cuando se empezaba a perfilar la renovación en la arquitectura española, hasta entonces caracterizada por la coexistente y prolongada agonía de los eclecticismos y los neorregionalismos. Carlos Flores acuñó el afortunado término de «Generación del 25» (que junto a nuestros dos nombres incluye los de Bergamín, Blanco Soler, Aguirre, De los Santos, Arniches, Domínguez, Mercadal...) centrándose en esa fecha en torno a la cual iba a surgir en Madrid el primer grupo que aportó una «inquietud beligerante» en la cultura arquitectónica española, rompiendo el voluntario, autocomplaciente aislamiento en que ésta se hallaba³.

La apertura era posible desde unas posiciones más firmes que las que un poco antes habían ensayado –debatiéndose entre tradición y vanguardia– nombres tan relevantes como Anasagasti, Torres Balbás, Flórez Urdapilleta o Zuazo. La central figura de Moreno Villa explicaría más adelante, desde las páginas de *Arquitectura*, las bases morales de esa joven generación de arquitectos, enfrentados a una nueva realidad social: *Esta juventud viene a la lucha con divisas muy claras y distintas. Por encima o aparte de la orientación estética que selle a este o aquel miembro de la misma, se caracteriza en conjunto por estas cuatro cosas: respeto a la técnica, sentido de la responsabilidad, sincronismo y poder*

3. FLORES, Carlos: *Arquitectura española contemporánea*, Madrid, Aguilar, 1989, pág. 146.

de asimilación. En los mejores representantes de esta juventud hay, gracias a esas cuatro condiciones, un aplomo, una ponderación que les separa radicalmente de los profesionales anteriores⁴.

El retraso de la arquitectura moderna en España, con respecto a las vanguardias europeas, facilitó que su advenimiento se realizara ya desde una crítica al racionalismo; había dado tiempo, en el rápido bullir de ideas de aquellos años, a que se elevaran voces en pro de la modernidad pero —ellas mismas— en contra de la axiomática formal del Movimiento Moderno. La renovación planteada por la llamada *escuela racionalista madrileña*, anterior a la que intentó desde presupuestos muy otros el grupo de Barcelona, se reconocía capaz de contemplar las nuevas experiencias europeas sin necesidad de asumir los aspectos que en ellas juzgaba más dudosos; es indicativo que Sánchez Arcas y Lacasa, como nombres más pujantes de esta *revisión*, alcanzaran un temprano conocimiento de la realidad exterior a España.

Lacasa, nada más terminar sus estudios, había tenido una prolongada estadía en Alemania (1921-1923), permaneciendo un tiempo en la Bauhaus de Weimar, para trabajar luego en la Oficina de Urbanización del Ayuntamiento de Dresde, donde conoció a Tessenow (el “arquitecto humilde” que tanto llegara a admirar); había comenzado ahí una vocación por el urbanismo y la vivienda que le acompañaría a lo largo de su carrera, haciendo hincapié en el valor social que subordina el interés privado al interés público⁵. La experiencia, con rápida asimilación de principios que supo difundir en la cultura española, fue anterior —y con mayor carga crítica— a la mucho más citada de su compañero de promoción, García Mercadal⁶.

Por su parte, Sánchez Arcas —uno de nuestros primeros anglófilos, según Lacasa⁷— se había trasladado a Londres (1922-1923) para seguir cursos de urbanismo con Robert Atkinson en la Architectural Association⁸; no perdiendo, a su vuelta, la proximidad a ese ámbito cultural: fue socio del Comité Hispano-Inglés (fundado en 1923 por Jiménez Fraud) y tomó parte muy activa en la visita a Madrid de arquitectos, entre ellos Atkinson, de la Escuela de Londres (1924)⁹. Con su posterior y complementario viaje a Amsterdam, Rotterdam e Hilversum (1925), había descubierto la expresión simplificada y clara de la nueva arquitectura holandesa (esas fachadas tratadas *no como lienzos a decorar, sino como superficies que limitan volúmenes*¹⁰), y algo que suscitaba ya su atención: la capacidad de resolver pragmáticamente problemas concretos de arquitectura, construcción y urbanismo.

Al empezar su ejercicio profesional en Madrid, ambos arquitectos contaban ya con un preciso entendimiento de la arquitectura —casi un cuerpo teórico—, que muy pronto tuvieron la oportunidad de manifestar, conjuntamente, en tres de los capítulos que más han caracterizado y aglutinado al *grupo de Madrid*: la revista *Arquitectura* y las

4. MORENO VILLA, José: “Juventud y colegiación”, *Arquitectura*, núm. 148 (agosto 1931), pág. 255.

5. LACASA, Luis: “La vivienda higiénica en la ciudad”, *Arquitectura* (Madrid), núm. 147 (julio 1931), 219-225, pág. 223.

6. Desde 1922 Lacasa publica artículos y reseñas en *Arquitectura*; entre otros aspectos, se incorpora tempranamente al debate sobre casas baratas con su estudio del libro de Muthesius *Kleinhaus und Kleinsiedlung* (“Un libro alemán sobre casas baratas”, *Arquitectura*, 1924).

Acerca del sobredimensionamiento que la crítica ha querido hacer del viaje de Mercadal, véase *Luis Lacasa. Escritos. 1922-1931* (introd. Carlos SAMBRICIO), Madrid, COAM, 1976, pág. 40.

7. LACASA, Luis: “Europa y América: bajo y sobre el racionalismo de la arquitectura”, *Arquitectura* (Madrid), núm. 117 (enero 1929), 31-36, pág. 33.

8. Robert Atkinson, director de la escuela londinense desde 1920 y figura destacada en el *civic art movement*, representaba una concepción del ejercicio de la arquitectura y el urbanismo desde principios de racionalidad y competencia profesional.

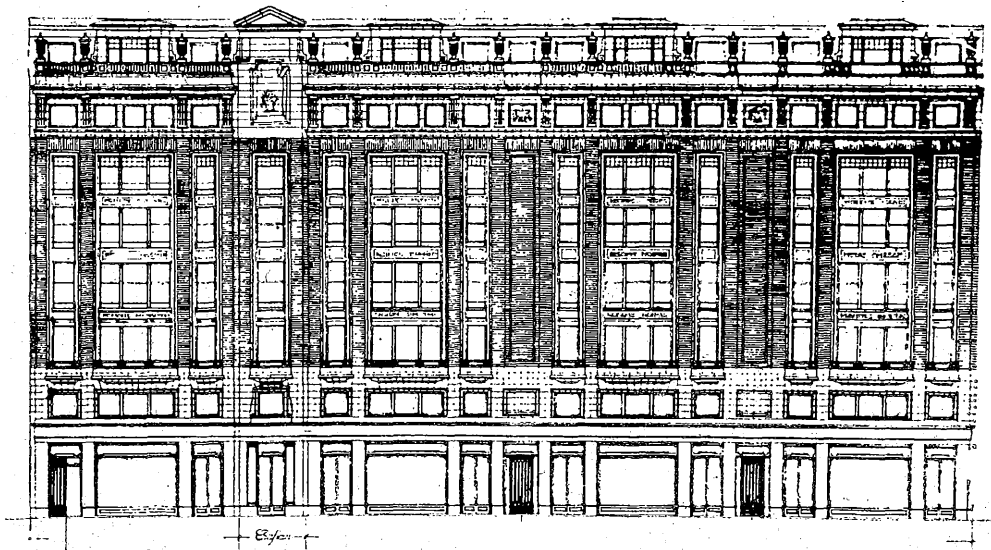
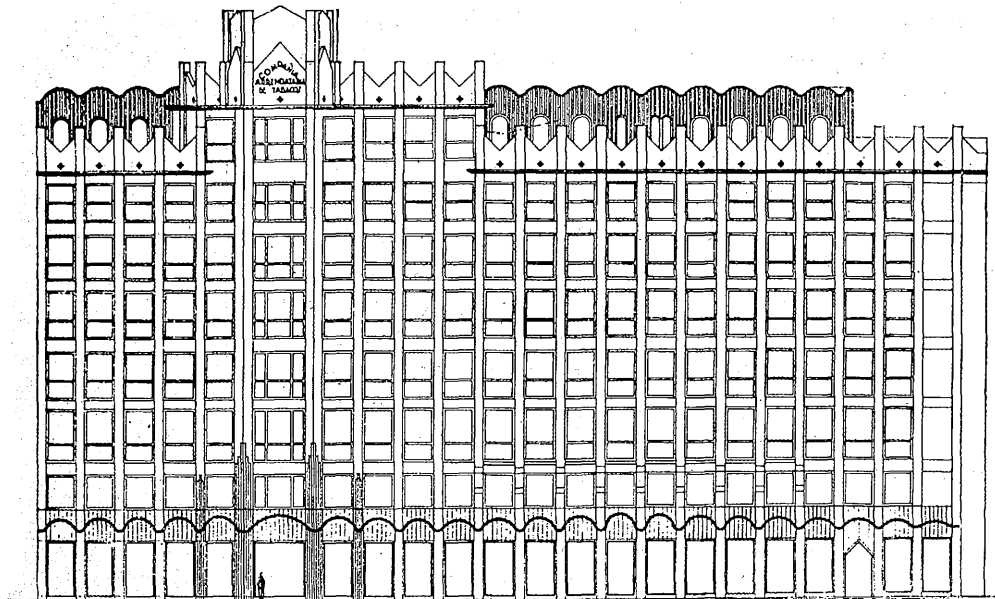
9. A su regreso recordarían expresamente desde la *Architectural Association to our own friends* [Sánchez Arcas, Arnal Rojas y Reixa López] *who was kindness itself to us, who gave up a very considerable amount of his time to come on various trips with us, one of the most cheery people one could meet*. LUYENS, E. J. T.: “The Excursion to Spain, 1924: A. A. General Meeting”, *The Architectural Association Journal*, (oct. 1924), pág. 87; y (dic. 1924), págs. 119-126. (Cit. en ALONSO PEREIRA, José Ramón: *Inglés y españoles. La arquitectura de la Edad de Plata*, Universidade da Coruña, La Coruña, 2000, pág. 220).

Resulta significativo, por otro lado, que la primera publicación de Sánchez Arcas en la revista *Arquitectura*, tras su vuelta a Madrid, fuera una traducción de una conferencia de Atkinson (1924).

10. SÁNCHEZ ARCAS, Manuel: “Notas de un viaje por Holanda”, *Arquitectura* (Madrid), núm. 83 (marzo 1926), 107-112, pág. 109. En este comentario del viaje, ilustrado con expresivas fotografías tomadas por él mismo, se centra en el análisis del espacio urbano, en busca del hilo que une las últimas experiencias arquitectónicas con las construcciones anteriores a su tiempo.

3. Alzado del proyecto para el Concurso de la Compañía Arrendataria de Tabacos, 1925. Lacasa y Colás.

4. Alzado del proyecto para el Concurso de la Compañía Arrendataria de Tabacos, 1925. Sánchez Arcas y Arnal.



dos grandes experiencias arquitectónico-urbanas de la Colina de los Chopos y, sobre todo, la Ciudad Universitaria, en las que ellos dos iban a ser destacados protagonistas.

Es Lacasa, naturalmente, quien más desarrolla este ideario en sus escritos; pero tanto uno como otro, desde comunes puntos de vista, van proponiendo vías hacia una nueva arquitectura, funcionalista pero contestataria con los postulados formales de Le Corbusier: preocupación por las cuestiones estructurales y tipológicas más que por una nueva estética; afirmación del arquitecto racionalista interesado por los problemas objetivos y sociales más que por el racionalismo abstracto; interés por los valores prácticos (*no en el sentido ramplón y burgués* —aclararía Lacasa— *que en España se da a esta palabra, sino en su sentido trascendente, es decir, práctico, en armonía con la realidad y libre de prejuicios y de dogmas*¹¹) del ámbito anglosajón.

En su busca del racionalismo funcional frente al racionalismo esteticista se apoyan ambos en la nueva arquitectura norteamericana, en la que reconocen —al contrario de lo que atisban en la vanguardia europea— una poderosa y serena técnica, que deja la cuestión estética reducida a la categoría de accesorio. Esta alternativa, plenamente consecuente, aunque pueda presentar alguna paradoja, con el ideario social y político de ambos arquitectos, no dejaba de plantearles un cierto resquemor: *Los que no hemos aceptado las teorías de Le Corbusier —indica Lacasa— tenemos que afrontar, al exponer nuestra opinión, el peligro de que se nos tilde de reaccionarios, y, sin embargo, nuestra protesta y nuestros actos están encaminados hacia el verdadero progreso de la arquitectura*¹².

Sus ideas, que conforman un pensamiento arquitectónico que se extiende a lo político-social, se exponen ya en la primera andadura de la revista *Arquitectura*; la relación de Lacasa y Sánchez Arcas con ésta, avanzada con la publicación de reseñas de sus estancias en Europa, se intensifica cuando en 1924 ambos se incorporan —junto con otros miembros de la “Generación del 25”— al equipo de redacción. *Arquitectura*, órgano de la Sociedad Central de Arquitectos, iba a desempeñar entonces un importante papel en la renovación de la profesión. La atención de Sánchez Arcas y Lacasa a los temas profesionales les llevaría a promover, en la Sociedad Central de Arquitectos, nuevas posturas y actividades¹³; y desde su Junta Directiva (1926), entendiendo un ejercicio de la arquitectura responsable ante la sociedad y contrapuesto al *espíritu corporativo*, plantearían la exigencia de control de los proyectos por las organizaciones profesionales, lo que derivaría en la obligatoriedad de la colegiación y en la conversión de la Sociedad Central en el primer Colegio de Arquitectos (1930).

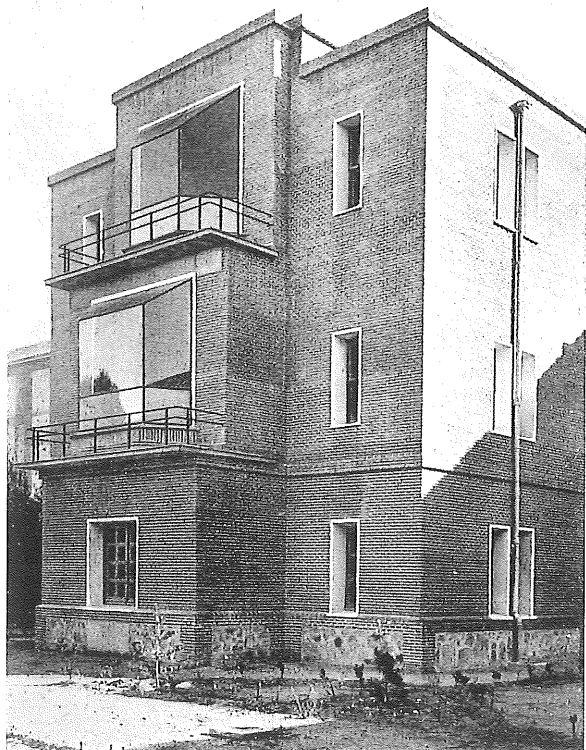
Antes de concretar su pensamiento en una arquitectura común, ya habían avanzado por separado sus experiencias proyectuales, frecuentemente en concursos. Entre éstos, da una idea muy clara de la arquitectura española en ese año-referencia de 1925 el concurso del edificio de la Compañía Arrendataria de Tabacos en la madrileña calle

11. LACASA, Luis: “Europa y América: bajo y sobre el racionalismo de la arquitectura”, *op. cit.*, pág. 33.

12. *Ídem*: “Le Corbusier, o Américo Vespucio”, en *Luis Lacasa. Escritos. 1922-1931*, Madrid, COAM, 1976, 75-99, pág. 129.

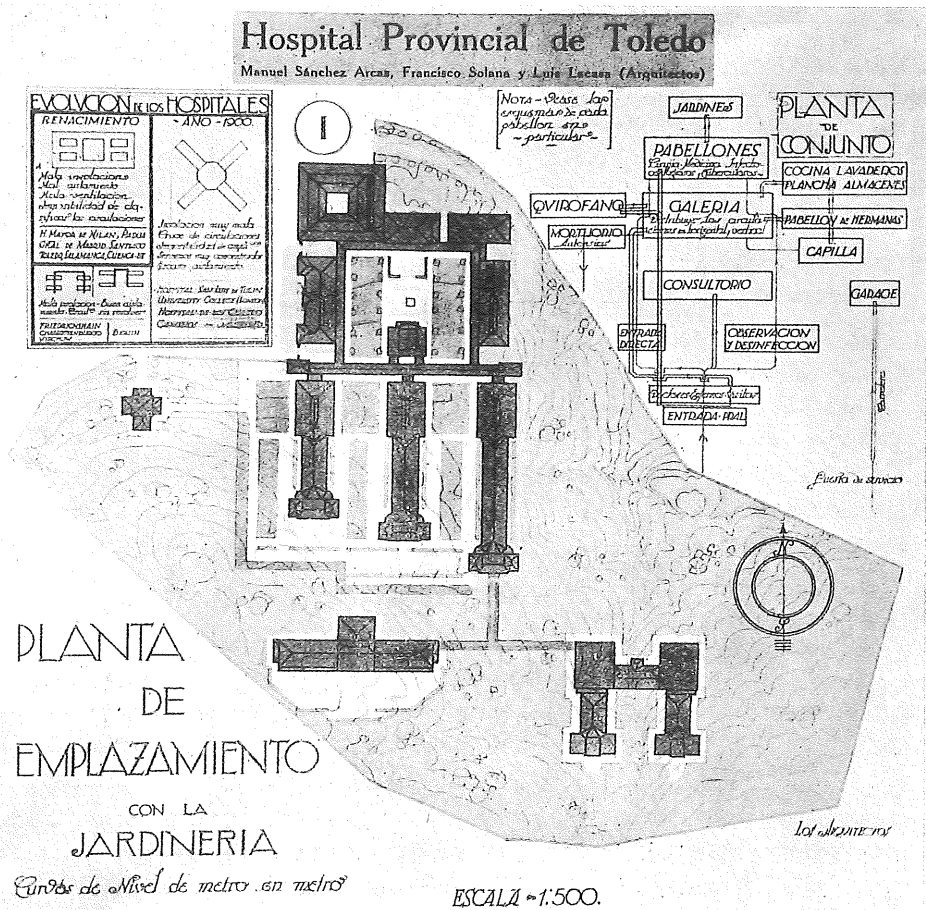
13. Entre otras, participaron activamente en la convocatoria y organización del I Congreso Nacional de Urbanismo (1926); en el curso de estudios previos Lacasa preparó la conferencia “La urbanización en Alemania” y Sánchez Arcas, “Características de la calle en función de los edificios”.

PABELLÓN QUIROFANO



5. Pabellón de quirófano del Hospital Provincial de Toledo.

6. Planta general del Concurso para el Hospital Provincial de Toledo, 1926. Sánchez Arcas, Lacasa y Solana.



de Sevilla, al que se presentó Sánchez Arcas con José Arnal Rojas, y Lacasa con Enrique Colás; es llamativa la comparación de sus dos contundentes propuestas –sobre todo el “antecedente del muro cortina” de Lacasa y Colás¹⁴– con los dos proyectos ganadores, tan deudores del monumentalismo clasicista de Antonio Palacios.

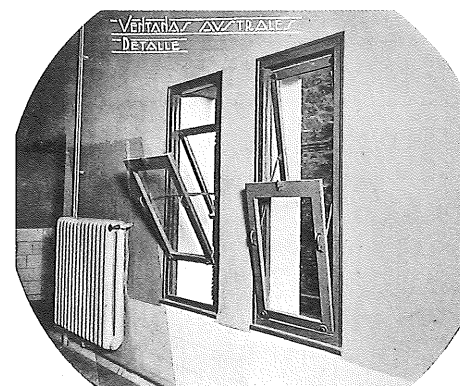
Enseguida aparecieron sus nombres juntos en un importante proyecto (1926)¹⁵: el Hospital Provincial de Toledo, concurso en el que obtuvieron el primer premio y llegaron a construir. Esta obra, notable en su trayectoria, muestra claramente las intenciones de los jóvenes arquitectos: basada en un racionalismo funcional y constructivo, articula sin prejuicios una *nueva arquitectura* con la razón práctica de los usos locales¹⁶; no deja de ser sorprendente la hábil conjunción, por ejemplo, del aparejo *a la toledana* con las industrializadas –y tan adecuadas al caso, por su capacidad de ventilación– ventanas Austral¹⁷.

Proyecto más representativo del *encuentro* entre los dos arquitectos sería el del concurso, también ganado, del Instituto de Física y Química de la Fundación Rockefeller, en la *juanrramoniana* Colina de los Chopos (1927). El proyecto era llamativamente innovador con relación al resto de los presentados (incluso las dos soluciones aportadas por Aguirre y De los Santos, que les valieron el segundo premio) y ofrecía una meridiana propuesta de arquitectura racional: en su formulación técnico-constructiva, en su especial atención a la modulación del edificio a partir de las necesidades de uso, y aun en el modo audaz en que se presentan las múltiples instalaciones que requería el programa; sin plegarse a ningún gesto de complicidad con las formas racionalistas que desde 1923 los alumnos de la Escuela de Arquitectura de Madrid estaban aprendiendo a aplicar a trazados tradicionales...

Lacasa, al dar alguna clave sobre el inopinado frontispicio que se dibuja en la limpia pared de ladrillo (ladrillo que nada tiene que ver con el que materializa el *racionalismo regionalista* de las inmediatas arquitecturas de Flórez), explícita el proceso seguido:

[...] *creo es simplemente de trayectoria racionalista, del racionalismo americano de dentro afuera, y no del europeo de fuera adentro. [...] Solamente en la portada hicimos una concesión [...] Se proyectó un orden alargado, del estilo llamado colonial norteamericano, y se hizo así pensando en que Rockefeller, que prohíbe que su nombre figure en sus donaciones, tuviera un recuerdo, aunque fuera mudo*¹⁸.

Esta explicación concuerda con el contemporáneo pensamiento de Sánchez Arcas, a quien, desde la solidez argumental del edificio –su enjundia arquitectónica, constructiva y técnica–, no le perturba, en modo alguno, esta mera yuxtaposición de un código semántico. Aunque su idea de arquitectura es esencialmente desornamentada, considera que no es una característica definitoria de la arquitectura moderna la



7. Ventanas de ventilación tipo Austral del Hospital Provincial de Toledo.

14. NAVARRO, Eduardo: “Revista ‘Arquitectura’, 1918-1936”, *Arquitectura* (Madrid), núm. 204-205 (1er. cuatr. 1977), 10-17, pág. 12. El primer premio fue para el equipo formado por Cánovas del Castillo y un recién titulado Gutiérrez Soto; el segundo, para la ya constituida pareja Blanco Soler/Bergamín.

15. Colaboraron en este proyecto con Francisco Solana. Posteriormente, Lacasa y Sánchez Arcas se presentarán y ganarán el primer premio –que no llegan a construir– en el concurso del Hospital Provincial de Logroño (1930). Por su parte, Sánchez Arcas –adelantando su especialización en arquitectura de hospitales– había ganado con Arnal Rojas el concurso del Hospital de la Beneficencia en Méjico, que se construye bajo la dirección de éste.

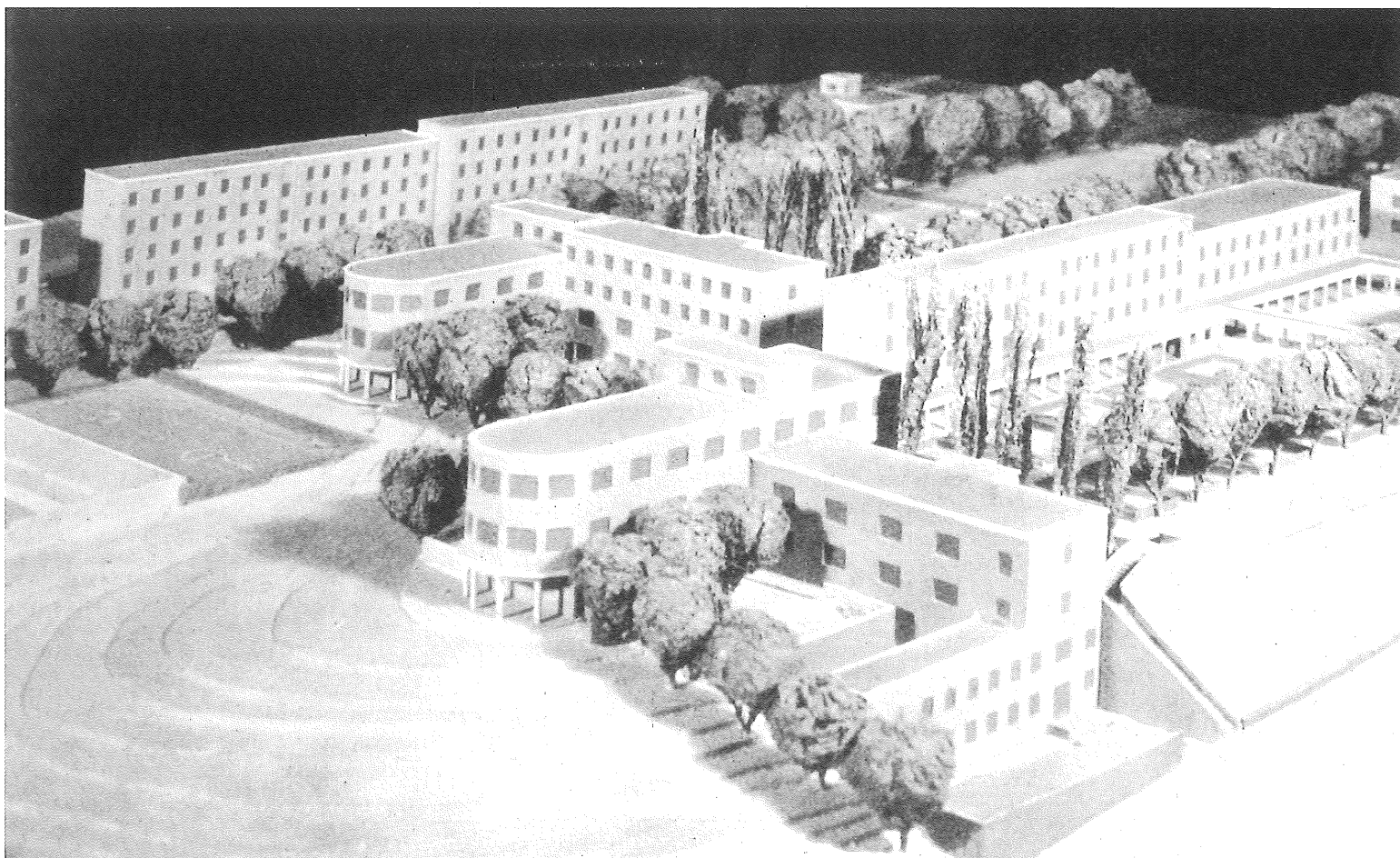
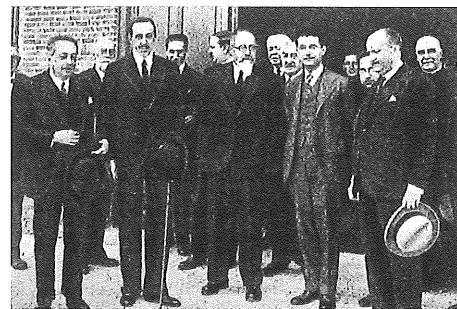
16. Es en torno a esta fecha cuando Mercadal empieza a interesarse por la arquitectura popular, que luego intentará hacer compatible con los principios formales de la arquitectura racionalista.

17. Es interesante reparar, en las revistas norteamericanas del momento, en la publicidad de la *Austral Window Co.* que fabrica el mismo tipo de ventana; véase, por ejemplo, *Architecture* (Nueva York), núm. 2 (feb. 1927), pág. 41.

18. LACASA, Luis: “Europa y América bajo y sobre el racionalismo de la arquitectura”, *op. cit.*, pág. 35.

8. Visita de Alfonso XIII a las obras de la Ciudad Universitaria; a la derecha, Sánchez Arcas y López Otero.

9. Maqueta del Colegio Mayor en la Ciudad Universitaria. Lacasa



ausencia de decoración; retomando la referencia a la arquitectura norteamericana contraponen la libertad de ésta al dogma estético del racionalismo:

[...] *Existen, por el contrario, obras arquitectónicas que no tratan de desarrollar ninguna fórmula estética concebida a priori. Su finalidad parece ser simplemente la de dar forma a nuevos programas, por completo originales y muy diversos, creando una estética nueva sobre bases más sólidas [...] Me refiero, principalmente, a los edificios de los Estados Unidos [...] Aparecen estas obras valorizadas por elementos ornamentales de épocas anteriores, aprovechando toda la enseñanza del pasado, pero sin hacerle concesiones esenciales*¹⁹.

La importancia histórica de este encuentro entre ambos arquitectos queda acentuada por el hecho de que López Otero, a quien se acababa de encomendar el proyecto para la Ciudad Universitaria (1927), decidiera —de una forma tan sorprendente como, a la luz de los hechos, clarividente— formar su equipo con las dos parejas que habían obtenido premios en el concurso Rockefeller. Constituía así la nueva Oficina Técnica con Sánchez Arcas, Lacasa, De los Santos y Aguirre, a quienes suma la figura emergente del ingeniero Torroja²⁰. El pequeño e histórico campus que se está levantando en los Altos del Hipódromo se puede contemplar como un *ensayo* de la mayor actuación arquitectónica y urbana que va a tener lugar en el Madrid del momento.

La ideación de la Ciudad Universitaria, tan representativa del llamado *racionalismo madrileño*, queda desde entonces impulsada por el tándem Lacasa-Sánchez Arcas: éste impone su nueva arquitectura al eclecticismo conservador de López Otero, y espolea con magnífico resultado el quehacer —hasta entonces más monumentalista y romántico— de Aguirre y De los Santos²¹.

Edificios como la Residencia para estudiantes de Lacasa, o el pabellón de la Oficina Técnica, la Central Térmica y el Hospital Clínico de Sánchez Arcas, los tres con Torroja, vienen a caracterizar una postura bien definida y que, como contrapropuesta —como modernidad alternativa—, se expone limpiamente contra las formalizaciones de los prematuros epígonos de Le Corbusier. En este sentido no deja de ser curiosa la lectura que la crítica, angulada desde registros formales, ha hecho de la Central Térmica de Sánchez Arcas, *en una supuesta y superficial clave racionalista a la que no pertenece*²², frente al desdén con que se ha tratado su más relevante obra, el Hospital Clínico²³.

La colaboración de Sánchez Arcas con Torroja en la Ciudad Universitaria describe uno de los grandes avances del hormigón armado en su capacidad de definición de espacios arquitectónicos²⁴. Ello le conduciría enseguida, también con Torroja, a la concepción de la bóveda-membrana del Mercado de Algeciras (1933), experiencia pionera en la construcción de grandes estructuras laminares, la primera obra en España en que el hormigón armado adquiere un valor conformante del espacio.

19. LACASA, Luis: “Nuevo arte en el mundo”, *op. cit.*, pág. 3.

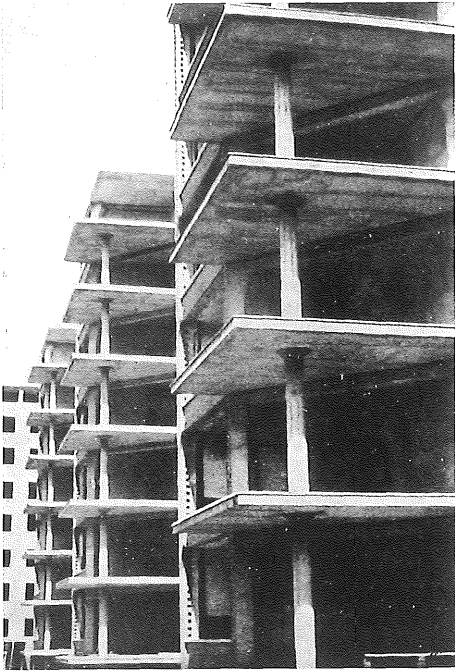
20. Aguirre y De los Santos eran de la misma promoción que Sánchez Arcas; Torroja tenía la misma edad que Lacasa. No deja de ser sorprendente la decisión de López Otero, que, salvando la convocatoria de un concurso internacional, se fija en estos jóvenes profesionales, a los que confía una gran responsabilidad.

21. BONET CORREA, Antonio: “La Ciudad Universitaria de Madrid: realidad y utopía de un proyecto para la modernización cultural de España”, en *La Ciudad Universitaria de Madrid*, t. I, Madrid, COAM, 1988, 1-25, pág. 15. De Agustín Aguirre puede verse, por ejemplo, su enfático proyecto de Palacio de España en una exposición, publicado en *Arquitectura Española* (1924).

22. CAMPO BAEZA, Alberto: *La arquitectura racionalista de Madrid* (Tesis Doctoral, mecan.), t. I, pág. 242. Campo se refiere aquí a la “mitificación” de la Central Térmica, que se ha propuesto a veces como paradigma de la Ciudad Universitaria. El *edificio-máquina*, ajeno a concesiones formalistas, es resultado de una razón de ser funcional concreta.

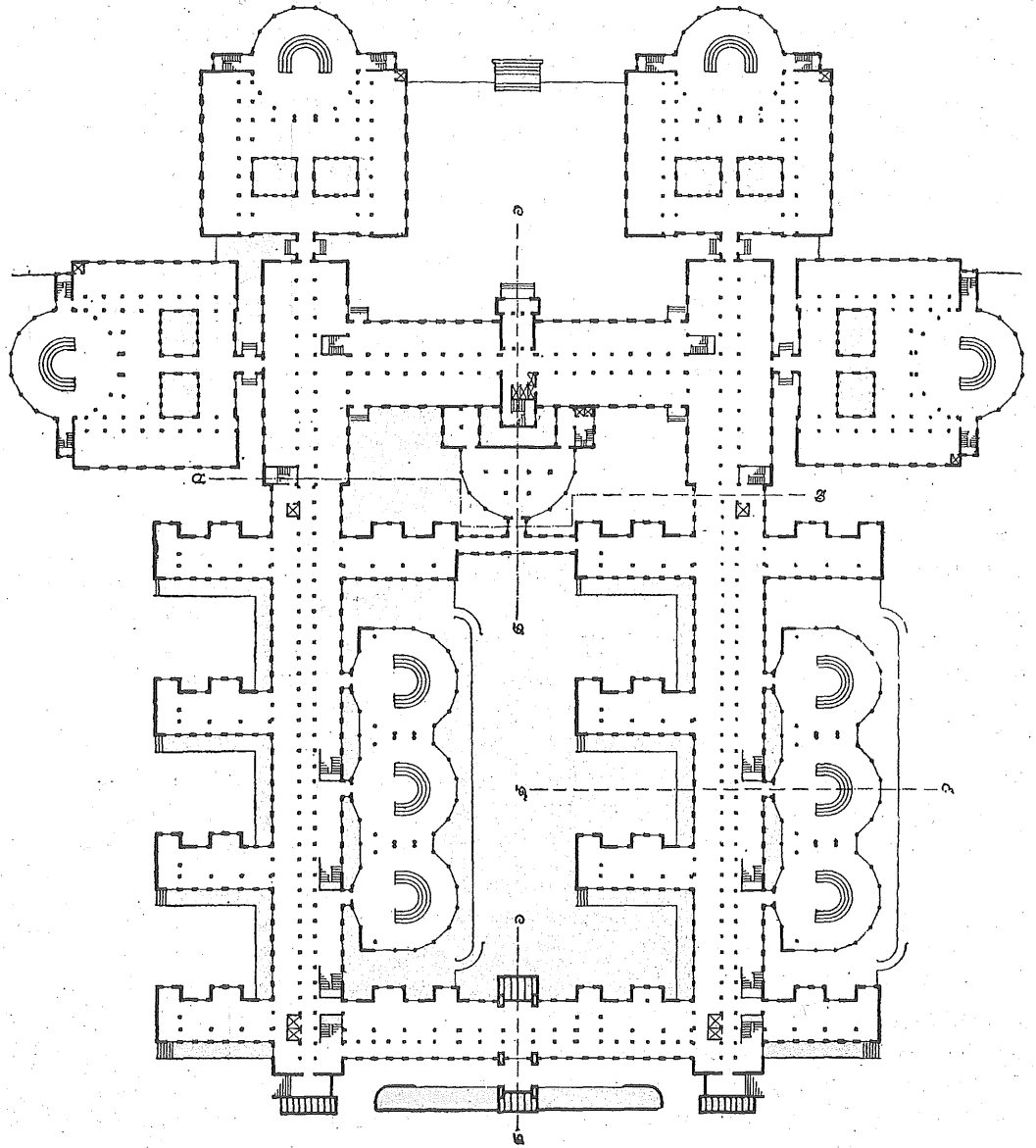
23. El proyecto del Hospital Clínico propició, por otro lado, que Sánchez Arcas confirmara su interés por la arquitectura norteamericana. El viaje que realizó con De los Santos a Estados Unidos y Canadá (1928-1929) para ver nuevos establecimientos hospitalarios sería importante en su trayectoria; concretamente el Medical Center de Nueva York, obra de J. G. Rogers, inaugurado en 1928, ejercería —como ha demostrado Carlos de San Antonio— una reconocible influencia en el proyecto del Hospital Clínico, así como en los de Logroño y San Sebastián (SAN ANTONIO GÓMEZ, Carlos de: “El clasicismo moderno frente a la vanguardia”, en *Revista Arquitectura* (1918-1936), Madrid, COAM, 2001, 68-83, pág. 76 y sigs.). A su vuelta a Madrid, Sánchez Arcas publicó un elogioso artículo sobre el hospital neoyorquino: SÁNCHEZ ARCAS, Manuel: “La Central Médica de Nueva York, obra de J. Gamble Rogers”, *Arquitectura* (Madrid), núm. 119 (abril 1929), págs. 141-145.

24. La relación personal iniciada entre Torroja y Sánchez Arcas —mantenida en los años de exilio de éste— se extendería a su común interés por la investigación acerca de la construcción. Sus nombres vuelven a figurar juntos entre los fundadores, en 1934, del Instituto Técnico de la Construcción y Edificación, primer organismo que se creaba en España para la investigación en este campo (y donde Sánchez Arcas publica algunos estudios técnicos).



10. Estructuras de las placas del solario de los cuerpos en *martillo* del Hospital Clínico.

11. Planta del Hospital Clínico. Sánchez Arcas y Torroja.



Naturalmente, esta articulación entre la forma y la estructura era el camino que interesaba al *constructor* Sánchez Arcas, y desde el que se comprende su displicencia hacia lo que juzgaba un postergado papel de la técnica constructiva en los formalismos racionalistas.

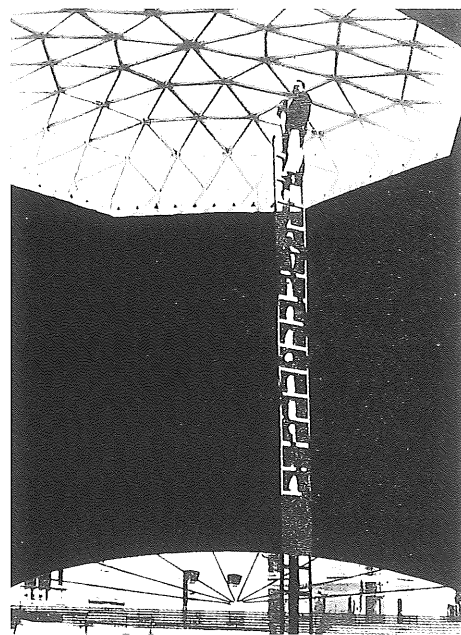
Las investigaciones de Sánchez Arcas en nuevas técnicas industriales, procesos de normalización, prefabricación y estandarización de materiales constituyen la auténtica modernidad del arquitecto; quedan recogidas en algunas publicaciones, pero, esencialmente, en su obra construida: a veces de forma tan poco ostentosa como en los sorprendentes ventanales metálicos de una humilde escuela rural de la comarca de La Sagra (que la revista *AC* del GATEPAC —ello es significativo— no puede dejar de recoger y glosar admirativamente como *fruto de la racionalización del pequeño detalle constructivo* e indicio del comienzo de *la revolución arquitectural enfrente de toda concepción tradicionalista, sórdida, deprimente y antihigiénica* en esos centros rurales)²⁵.

Sánchez Arcas y Lacasa conocieron también carreras independientes entre sí, individualmente o con colaboradores: Sánchez Arcas trabajó, entre otros nombres, con Hernández Briz, Arnal Rojas, Rivas Eulate...; Lacasa, en su vasta práctica en el urbanismo, colaboraría fundamentalmente con Santiago Esteban de la Mora²⁶ y Jesús Martí. En los años de la República, los dos llegarían a tener tareas de responsabilidad con el nuevo régimen: Lacasa se incorporó a la Oficina Técnica del Ayuntamiento de Madrid, donde realizó una labor importante en el nuevo modelo de gestión municipal; Sánchez Arcas, por su parte, fue nombrado consejero de Instrucción Pública y, ya en la Guerra, Subsecretario de Propaganda de la República.

En el paralelo de las trayectorias individuales de Sánchez Arcas y Lacasa es oportuno notar cómo uno y otro, tan distantes de los postulados del GATEPAC, tuvieron la oportunidad de colaborar con los que serían primeros nombres de los tan activos Grupo Norte y Grupo Este, respectivamente: José Manuel Aizpúrua y Josep Lluís Sert.

Sánchez Arcas, dado su prestigio en el diseño de hospitales, fue invitado por un Aizpúrua en pleno auge de su fulgurante carrera²⁷ a participar en el concurso para el Nuevo Hospital de San Sebastián (1933); la fructífera colaboración del heterogéneo equipo, completado con Labayen y Lagarde, logró un brillante proyecto, que no deja de recordarnos en muchos aspectos al Clínico²⁸.

Muy otro —y conocido— fue el camino por el que Lacasa tuvo que colaborar con Sert en el proyecto del histórico Pabellón Español para la Exposición de París de 1937, la “última obra racionalista española”. Las divergencias de planteamientos entre Lacasa y Sert se resolvieron a favor de este último; más tarde recordaría aquél la expe-



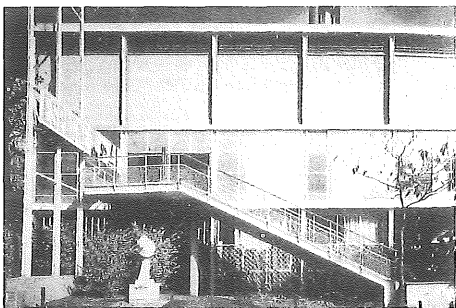
12. Bóveda del Mercado de Algeciras, 1933. Sánchez Arcas y Torroja

25. “Nuevas escuelas rurales en España”, *AC*, núm. 10 (1933), págs. 24-25.

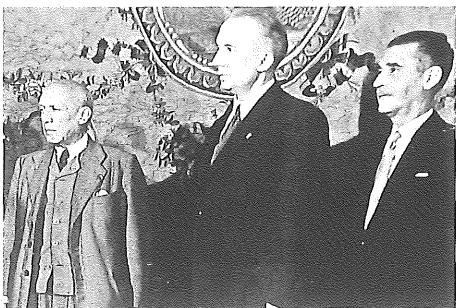
26. Éste, tras su titulación, había estudiado en Inglaterra con Patrick Abercrombie, y es quien traduce su libro *Town and Country Planning* (1933), e incorpora un anexo sobre el planeamiento en España (ABERCROMBIE, Patrick: *Planeamiento de la ciudad y del campo*, Madrid, Espasa Calpe, 1936).

27. Recordemos que Hitchcock y Johnson en su *The International Style* (1931) sólo incluyen dos arquitecturas en España: el pabellón de Mies van der Rohe en Barcelona (1929) y el Club Náutico de San Sebastián, de Aizpúrua y Labayen (1929). Se da la circunstancia de que la actitud crítica de Sánchez Arcas y Lacasa hacia los postulados del GATEPAC era bien conocida en el País Vasco, desde que ambos pronunciaron sendas y explícitas conferencias en Bilbao (1928). La de Lacasa hacía en su título, “Europa y América: bajo y sobre el racionalismo de la arquitectura”, un intencionadamente atrevido juego de palabras (publicada en *Arquitectura*, 1929).

28. El hecho de que el proyecto no resultara elegido —quedó en segunda posición— suscitó fuerte polémica, con una respuesta al jurado por parte de los autores.



13. Pabellón de España en la Exposición de París, 1937. Lacasa y Sert.



14. Sánchez Arcas con Picasso y Paul Éluard en el Congreso Mundial de los Intelectuales por la Paz (Varsovia 1948).

29. LACASA, Luis: "Notas autobiográficas", en *Luis Lacasa. Escritos. 1922-1931*, Madrid, COAM, 1976, 75-99, pág. 96.

30. Sánchez Arcas nunca volvió a España. Lacasa obtuvo un permiso en 1960, pero transcurrido un mes las autoridades españolas le obligaron a abandonar el país.

31. Publicó también artículos técnicos y dos libros sobre temas de su especial atención: *La Ciudad y el Tráfico y Form und Bauweise der Schalen* (Berlín, 1961). Uno de sus últimos textos fue el artículo "Tendencias de desarrollo en la construcción de las ciudades de los países capitalistas", en *Deutsche Architektur* (Berlín), (enero 1964), págs. 41-47.

riencia del encuentro: *tuve ocasión de comprobar prácticamente lo que ya sabía de antemano: la cantidad de formalismo, de formas aceptadas a priori como funcionales, que tiene el estilo racionalista, so capa de un racionalismo a ultranza*²⁹.

Con el estallido de la Guerra Civil, Lacasa y Sánchez Arcas, cada vez más comprometidos con la acción política y ya miembros del Partido Comunista, desarrollan una activa misión desde el Colegio de Arquitectos formando parte, desde agosto del 36, de una nueva Junta de Gobierno (que, entre otros —y ello da idea del momento—, reúne los nombres de Mercadal, Blanco Soler, Esteban de la Mora, Martín Domínguez...). El curso de la historia, suplantando el discurso de lo arquitectónico, había impuesto su ritmo: el equipo Aizpúrua/Sánchez Arcas del Hospital de San Sebastián ya estaba roto —irreparablemente para la arquitectura española— en los dos bandos.

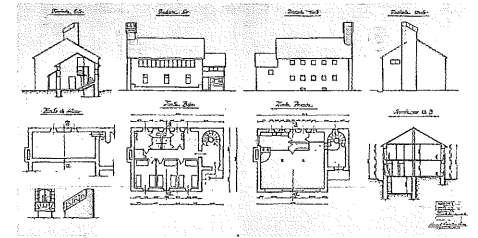
En el vergonzoso listado de grandes arquitectos exiliados tras la caída de la II República, los nombres de Sánchez Arcas y Lacasa siguen representando una singularidad: si la mayor parte de ellos se refugió en países hispanoamericanos —Méjico, sobre todo— o en la vecina Francia, éstos son los solos dos nombres que aparecen exiliados en la URSS. En el Moscú de la II Guerra Mundial, llegarían a vivir en un mismo edificio antes de que la evacuación de la ciudad, con el avance de las tropas alemanas, hiciera definitivamente divergentes sus caminos: Sánchez Arcas llegaría a ser Embajador de la República española en Varsovia (1946), y pasaría los últimos años de su vida —y moriría— en el Berlín Oriental; Lacasa permaneció en la URSS, con una largo período en China, muriendo en Moscú³⁰.

Sus separadas carreras profesionales en el exilio, con ser más largas que las de su etapa española, se difuminan en un marco sociopolítico tan distinto del de partida. Lacasa trabajó en la Academia de Arquitectura de la URSS y en el Instituto de Historia del Arte de la Academia de Ciencias, y emprendió numerosos estudios sobre el urbanismo y la arquitectura de Occidente. Sánchez Arcas, a su vez, realizó una vasta labor constructora, tanto en la URSS como en Polonia, muy centrada en su especialización en arquitectura de hospitales y edificios sanitarios³¹.

Si Lacasa tendió siempre a explicitar sus ideas en la esfera de la teoría y con la brillantez de su palabra —junto a sus audacias verbales, el rigor y el método—, Sánchez Arcas propendió a dejarlas implícitas en el valor callado y concienzudo, no menos evidente, de su construcción. Los dos nombres, que en su breve etapa profesional española establecieron una bien definida posición en pro de una nueva arquitectura, progresista y con escéptica reserva (que hoy podemos ver centrada, más que

en la crítica a los principios de Le Corbusier, en el formalismo *lecorbusierano* vía Mercadal-GATEPAC), extendieron su método de permanente análisis crítico y honradez intelectual a su largo quehacer fuera de España, cuando el debate no se centraba ya, evidentemente, en la aventura del Movimiento Moderno, sino en aspectos sociales, estructurales y profesionales que eran, en el fondo, los que habían reclamado siempre —con rara generosidad y amplitud de miras— su interés.

Cuando sentimos *minimizado* el papel de Sánchez Arcas y Lacasa en la bibliografía de la arquitectura contemporánea³², acaso hemos de mirar a una crítica excesivamente atenta a lo formal; la ortodoxia racionalista, contemplada como única vía de la modernidad, nos hace olvidar esa otra modernidad, fundada en los valores sociales, pragmática y racional, sin querer inspirarse en la forma pero esencialmente *arquitectónica*, que defendieron —con sus obras, con sus ideas— estos dos nombres que decimos complementarios. (La modernidad —podríamos concluir— no era sólo Le Corbusier: al final, el racionalismo no *entraría* el día previsto por la aduana de Port Bou.)



15. Estación alpina de Biología en Cercedilla. Plantas, alzados y secciones.



16. Lacasa y Sánchez Arcas, a la derecha, con dos figuras sin identificar.

32. SAMBRICIO, Carlos: *op. cit.*, pág. 50.